

caña), tanto porque derivan del runa simi, que no tiene el fonema interdental, cuanto porque dicho sonido se desconoce en la fonética del peruano.

Antes de terminar quiero agradecer a Miguel Angel Ugarte las repetidas menciones, muy generosas, por supuesto, que de mi persona y obra hace en su folleto. Para la publicación de mi *Diccionario* en preparación y para todas las que se escriban sobre nuestro castellano, su obra será una inestimable fuente de comprobación y de hallazgos para estudiar, dignamente, el riquísimo lenguaje arequipeño, por decir lo menos, uno de los más pintorescos, interesantes y peruanos del país.

* * *

JUAN DONAIRE VIZARRETA, *Campiña iqueña*. Aspectos Folklóricos.—Lima, Imprenta La Moderna, Calle de Santa Catalina, 1941. 136 pp.

Este del notable folklorista iqueño, es uno de los más valiosos libros sobre costumbres peruanas que han salido en los últimos años, felizmente caracterizados —en compensación de tanto síntoma desconsolador y extranjerizante— por la afición a narrar con cariño y ciencia las usanzas peculiares del país. Reúne la obra de Donaire cualidades muy dignas del aplauso que le rinde su prologuista el ilustre don José Miguel Vélez Picasso. En fácil y sencilla elocución, a veces ataviada de lírica nota soledosa, con veracidad fotográfica, con noble amor al terruño, presenta el autor una serie de cuadros del campo de Ica, feraz en su tierra sedienta y acogedor en sus aldeas pintorescas. La sola enumeración de los aspectos tratados demuestra su importancia y sabor: la trilla de los pallares, la poda en los viñedos, la saca del aguardiente, la yunsa carnavalera, las devociones tradicionales, los recuerdos del santo Padre de Guatemala...

Todos los capítulos enseñan algo, pero juzgo particularmente importante el minucioso artículo que dedica Donaire a los *cantores*. Son éstos repentistas populares que al són de cierta música llamada *socavón*, improvisan versadas sobre los más diversos asuntos que interesan a sus oyentes campesinos. El metro favorito de los cantores iqueños es la décima, compuesta tradicionalmente de una cuarteta —la *glosa*— en que se propone el tema de toda la composición y cuatro décimas propiamente tales que desarrollan los versos de la glosa. Usando dichas estrofas, los cantores se ejercitan muchas veces en animados concursos o contrapunteos más o menos enardecidos. La reseña de Donaire, que trae varias décimas, todas, por sus referencias, iqueñas de verdad, es muy interesante para la historia de los repentistas peruanos. Además de los que cabría llamar improvisadores cultos, como fueron, entre otros, el famoso Padre Chuecas, a quien es frecuente atribuirle ajenas historietas y décimas, y el Mayor Beltrán, ambos recordados con bastante detalle por el cronista don Ismael Portal en *Cosas limeñas*, sólo se tenía noticia de los impro-

visadores populares de la costa por *Nuestra comunidad indígena*, el inagotable libro de Castro Pozo. Este sociólogo habla de las cumananas norteñas y de las décimas de la costa central y meridional. Son las primeras improvisaciones en verso de ciertos indios casi profesionales en su arte. Las cumananas de Piura que consigna Castro Pozo, son cuartetos de gracia picante y primitiva. Sobre las segundas ofrece algunas notas, insuficientes para conocer todos los caracteres del género. Gracias a las páginas de Donaire Vizarrata, se sabe ahora mucho más sobre tan interesante y poco difundido aspecto de nuestro folklore. Ojalá que él mismo y otros investigadores continúen con método la recolección de nuestras décimas, tanto las improvisadas cuanto las de fórmula repetida, para que puedan ser estudiadas con la necesaria atención y comparadas con sus semejantes de otros países hispanoamericanos, que han merecido — en Chile, verbigracia — estudios eruditos y amenísimos.

En relación con el tema de los cantores, diré que no encuentro la etimología de *socavón*. Quizás con mayores noticias sobre la melodía así nombrada, se halle el origen de esta voz.

También resultan de verdadero interés para el conocimiento de nuestra poesía popular en castellano, las variadas composiciones con que hasta hace poco acompañábanse para alegría y refrigerio de los peones, las grandes tareas agrícolas e industriales, como la poda, la pisa, etc.

Mas no ha de servir, por cierto, para simple especulación científica o deleite evocador, la narración de las costumbres afortunadamente supervivientes. A fines más altos y prácticos pueden y deben llevar los escritos de folkloristas y etnólogos. Y la obra de Donaire Vizarrata es utilísima para ello, porque al estudiarse con criterio resultan muchas las enseñanzas aprovechables que se pueden inducir de su exposición. Es la primera la del mestizaje, que en Ica posee numerosas comprobaciones. Al leer los párrafos de *Campaña iqueña* se le encuentra a cada instante:

“Junto al indígena pallar, cuya preciosa leyenda chola tiene espíritu muy español, la vid mediterránea; al pie de la importada higuera el maíz milenario; la chicha alternando con el moscatel; el ritmo del huainito arrancado a una vihuela para alentar vieja copla castellana; la yunsa y la marinera tan logradamente mestizas que ya apenas si se descubren sus antecedentes formativos; y el sublime signo de la cruz, bendición promisor, enaltece, preside y corona todo, desde el cerro colosal hasta el hondo macamaca recién sembrado. Y aquí está la enseñanza consoladora: la armónica jerarquía del mestizaje, que sin desdeñar la raigambre aborígen ha sabido colocar en la cúspide de su proceso lo espiritual cristiano, — que le da sentido y razón.”

Felicito sinceramente a Donaire por su primera obra y hago votos por que en las siguientes que componga haya siempre páginas tan hermosas y fecundas en buenas sugerencias como en ésta que consagra a su coloreada campaña nativa.

PEDRO M. BENVENUTTO MURRIETA,
Lima.